

ría, acompañada del Evangelista Juan, visitando las ciudades de la Jonia, y señalarán al mundo su morada y sus templos en aquella floreciente Éfeso, que tanto había de ensalzarla y bendecirla, y que en el siglo V legó á las generaciones restauradas el testimonio eterno del dogma de la maternidad divina.

En cuanto á la mera obra de la fantasía, y á las puras concepciones de la devoción y la piedad, del amor y el entusiasmo, los espíritus amantes de la Virgen de Israel la contemplarán siempre en una juventud eterna, como se conciben y juntan por el artista y el poeta los ángeles del cielo; privilegio dulce y peregrino que había de gozar también el Discípulo especialmente amado, á pesar de la longevidad de sus días, de sus fatigas y de sus luchas. Nuestra imaginación no acierta nunca, ni aun esforzando sus facultades, á representarse á María con las líneas de la ancianidad en el rostro, no obstante la áspera senda de sus dolores y la soledad de sus lágrimas; y yo no sé si la iconografía cristiana, en las maravillas del lienzo, en los frescos de las bóvedas, en las esculturas de los retablos, en las hornacinas del interior y del exterior de los templos, ha intentado alguna vez retratar á María de otro modo que con los atractivos de la infancia, con los resplandores virginales de la adolescencia, ó con la reposada y entristecida hermosura de su permanencia en Egipto y de su actitud en el Calvario, ó

idealizada y transfigurada entre los vivos celajes de su elevación á los cielos.

Ciñéndonos ya ahora, Señor Excmo., á las meditaciones de la solemnidad presente, diremos que la vida de María, transcurrida toda entera en los incendios de la caridad divina y en las misericordias para con los hombres, se ha extinguido, se ha escapado asimismo en un suspiro de amor. Todas las amarguras de la muerte humana las experimentó María al pie de la Cruz de su Hijo: rendida y postrada en su lecho, María exhalará el postrer aliento en la paz más perfecta, sin sufrimiento ni congoja, y los ángeles recogerán allí su alma, como se toma la flor más bella y más fragante entre las flores de los verjeles.

La muerte, mis amados hermanos, no pudo sorprender, no sorprendió ciertamente á María: le había sido ya anunciada por mensajeros celestes, como le fué conocido su fin á muchas almas santas, por favores singulares de la Providencia del Señor, y ella la esperaba orando y sonriendo. Desprendida de todos los bienes y los afectos de la tierra, sin sombra alguna de culpa en su corazón y en su vida, segura de su inmortal destino, María ansiaba el momento de contemplar á Jesús, colocado á la diestra de su Padre. Dotada de todas las perfecciones y todas las armonías del ser humano, más privilegiada que Adán y Eva antes de sus trangresiones, colmada de las bendiciones de Jesús, inundada de los efluvios de su amor,

pudo ser inmortal en la tierra, pudo también ser elevada á los cielos en la plenitud de la vida. Fué su humildad la que eludió sencilla y dulcemente esas prerrogativas tan propias de su misión y de sus méritos. Pero si María pudo rehusarse privilegio de singular excelencia, ella no podía morir sino entre ondas de luz y entre las auras de atmósferas sobrehumanas. No; no era digno de la majestad de Dios, de la santidad y amor de Jesucristo, que aquel cuerpo purísimo esperase en la lobreguez de una tumba, afeado y deshecho, la resurrección final de la carne; y si el Dios Altísimo y el Eterno Verbo pudieron hacerle ascender al punto á las moradas celestiales, yo diré, con aquellas inolvidables palabras del franciscano Escoto, defendiendo la Concepción Inmaculada de la Virgen María: «Pudo ser, debió ser: ¿quién puede dudar que fuera?» *Potuit, deuit; ergo fuit.*

La Iglesia, Excmo. Señor, ya lo hemos dicho, no ha declarado aún como verdad dogmática esa conmovedora creencia; ella (lo afirmaremos asimismo de nuevo) habrá de realizar ese suspirado acto cuando suenen las horas providenciales en la vida de la Iglesia y en la marcha de la Historia; mas, entretanto, nuestra fe y nuestro amor miran ya la doctrina de la Asunción de la Virgen María como un dogma definido. Sabemos, de una parte, por las frases sublimes de San Pablo, que la mayor victoria del Dios-Hombre y la estabilidad

de su imperio está en las maravillas de su sepulcro, y en haber sido eterno vencedor de la muerte y del pecado: *Absorta est mors in victoria.* Sabemos igualmente, por las declaraciones evangélicas y por la definición de los Concilios, «que María es la Madre de Dios:» y apoyados en estas premisas reveladas, ilustrados por la autoridad de tantos egregios Pastores de la Iglesia docente y por los escritos de tantos grandes talentos entre los apologistas católicos, elévase la inteligencia humana á las más altas cumbres del conocimiento y del discurso, comprendiendo bien que todo cuanto haya en Jesucristo de esencialmente divino, de extraordinariamente glorioso, debe derivarse en su amorosa Madre; y que así como María fué exenta de toda culpa desde el primer instante de su existencia humana, por la Omnipotencia, por la Sabiduría, por el Amor Infinito, del mismo modo, y en virtud de los atributos divinos y de congruencias dulcísimas, el cuerpo de la Virgen María debe participar de las hermosuras de la Resurrección y de la Ascensión de Cristo á los cielos, venciendo y cautivando á la muerte como Él, para gloria de la verdadera Iglesia, y para alegría y perfección de todas las almas predestinadas. *Absorta est mors in victoria.*

Sí, hermanos míos: María debió morir, porque el Hombre-Dios, aunque libre y voluntariamente, ha muerto; pero en el seno de la tumba, la carne de María, compañera de su alma, que es santua-

rio de la luz, tesoro de la verdad y de la vida, debe mantenerse incorruptible como la carne de Jesús; y una vez rigurosamente cumplida la ley humana y la sentencia divina, la sepultura devolverá á los cielos aquella humanidad favorecida á quien quiso el Dios omnipotente hacer siempre impecable. *Absorta est mors in victoria.*

Señor Excmo.: Envuelto el portentoso suceso de esa muerte y ese tránsito entre el secreto de misterios divinos, la tradición de sus verdades y de sus bellezas cautiva al par el corazón y la inteligencia. El testamento de María había sido muy breve, y él fué un último destello de su humildad y su misericordia: toda su riqueza consistía en sus dos túnicas, y ella quiso legarla para dos vírgenes pobres. Los Apóstoles, que durante la vida del Salvador del mundo, y en medio de los milagros y las predicaciones del amado Maestro, tuvieron en María su encanto, su medianera, su madre, pudieron juntarse en la morada de la adorable Virgen para ofrecerle el último tributo de su piadosa ternura, para llorarla y despedirla con lágrimas y con gemidos ardientes. Y extendiendo sus benditas manos sobre aquellos hijos predilectos del Redentor de la vida, y bendiciéndolos como Jesús los bendijo tantas veces, María se ha dormido con suavidad inefable en el seno de su Dios, entre luces de antorchas invisibles, y entre los cánticos de la Creación entera. Y, señores, cuando tres días después, un apóstol, Tomás,

que, providencialmente sin duda, no pudo presenciar los últimos instantes de María, como no presenció tampoco la primera aparición de Cristo resucitado á sus discípulos reunidos en el Cenáculo; cuando Tomás, digo, acude á Jerusalén, y doliéndose de una ausencia que le impidió recibir las últimas bendiciones de la Madre de Jesús, llora con sus hermanos junto al sepulcro de María y quiere contemplar por última vez aquel rostro querido que reflejaba la paz, la santidad, la clemencia y la hermosura, los Apóstoles han visto atónitos que el cuerpo de la Virgen Madre ha desaparecido, como desapareció un día de su sepulcro el cuerpo del Redentor de los hombres. Solamente quedó allí la fragancia de lo que es puro y celestial, el sello perdurable de la gracia divina, el testimonio magnífico de la fe universal de los pueblos, de todos los Santos y los sabios, de todas las liturgias, de todas las generaciones y de todos los siglos.

Excmo. Señor: Cuanto aquí pueda fantasear la imaginación más rica, no igualará jamás á las imponentes realidades de aquel día. La aurora que se levanta y brilla como en la hora feliz de la Ascensión de Jesús á los cielos: aquella reducida Iglesia que forma el cortejo de los funerales de María, pero que es ya la sociedad perfecta, regida por el Vicario de Cristo; porque allí están los Obispos puestos por el Espíritu Santo para regir su grey, los Presbíteros que acompañan el Arca

Santa llevada por los Apóstoles mismos desde la colina de Sión hasta el jardín de Gethsemaní, las almas fieles, por último, en las que van alternando las lágrimas y las sonrisas: aquel largo camino, de donde repentinamente brotan los lirios y las rosas; las espirales del oloroso incienso que giran en el espacio; el sepulcro tallado en la roca, como la sepultura de Cristo: hasta aquella turba fanática del Fariseo y del Escriba que intenta aún profanar tanto dolor y tanta santidad, y que ha sido vencida por milagros que conserva una tradición veneranda (1): todo este cuadro de majestad sublime, de ternura conmovedora, de virtud tan fecunda, necesitaría ciertamente de la pluma de un ángel para ser estereotipado en el libro y grabado perpetuamente en las almas.

Seguir ahora ese tránsito desde la tierra al cielo, sería obra adecuadísima para un alma encendida en espirituales amores y para una fantasía privilegiada. Nosotros conocemos todas las grandiosidades de Oriente para honrar á sus Emperadores y caudillos; todos los himnos de victoria y todos los homenajes de reconocimiento y entusiasmo de la Nación hebrea para ensalzar á sus heroínas ó para trasladar el Arca de la Alianza en las crisis supremas de Israel; pero aquellos mares de luz, aquellas alfombras de plata, aquellas vestiduras de seda y oro, cuajadas de

(1) *Metaph.: De Vit. et Dormit. B. Virg*

piedras de subido precio; aquellas filas interminables de doncellas y de sacerdotes, de guerreros y de sabios que caminan entre montañas de flores y entre gloriosos estandartes, no pueden suministrar nos ni una imperfecta idea, ni un bosquejo parecido de la marcha de la Virgen María á las regiones del Empíreo.

¡Oh y cuán delicioso encuentra el alma meditar sobre el despertamiento de aquel último sueño de la Virgen de Nazareth! María atraviesa esa atmósfera azulada que circunda nuestro globo, y la naturaleza entera conciértase para adorarla, llena de admiración y de júbilo. La tierra le envía sus más fervientes saludos y sus más delicados perfumes: los pájaros la acompañan con sus trinos, y el águila, de alas más poderosas, la despiden en aquel último límite adonde puede alcanzar el vuelo de las aves. Nubes de carmín y de oro, sostenidas por ángeles, le van sirviendo de asiento: los colores del iris componen su diadema, y acarician su rostro las leves brisas que se ciernen en el fluido imponderable del espacio. Los resplandores de mil auroras boreales alumbran su subida; y al llegar á las regiones planetarias, todos los astros quisieran formar el séquito de María, desde el sol, esa gran estrella de los cielos, hasta las más remotas estrellas, esos millares de soles que giran en el firmamento. El alma entonces ve abrirse y elevarse aquellas puertas eternas que dieron entrada un día al Rey de la Gloria;

y cree escuchar aquella voz del Esposo de los *Cánticos* que dice: «Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, y ven»; y aquellas palabras de alabanza, con las cuales preguntan sorprendidos los cielos: «¿Quién es ésta que marcha como la aurora al levantarse, hermosa como la luna y elegida como el sol?» Y mi fe imagina divisar á la Trinidad Augusta con toda su infinita excelsitud y toda su Omnipotencia, á todas las legiones de los ángeles, á todos los Patriarcas y justos de la Antigua Ley, Abraham con su descendencia, Moisés y Aarón con los atributos de su autoridad, los Jueces y los Reyes con sus aureolas de justicia; á todos los Santos de la Ley Nueva, Apóstoles, mártires, Pontífices, Doctores, Anacoretas y Vírgenes, que salen al encuentro de María en los celestiales atrios para acompañarla hasta su trono.

Abierta está, católicos, la patria de los bienaventurados para recibir á María; pero tiembla la mente al intentar describir aquellas grandezas divinas. ¡Oh cielo de mi religión, cielo de mis padres, cielo de mis aspiraciones y ensueños! Sin la seguridad de tu existencia y sin la esperanza de alcanzarte, la vida en que me agito no sólo sería un valle de lágrimas, sino una noche continua de hórridos fantasmas y de tormentos indecibles. Cuando me engaña aquí la ciencia humana, pienso en la sabiduría infalible que alumbra tus mansiones; cuando la maldad me espanta, infúndeme

consolación y aliento meditar en la pureza de tus elegidos; cuando la iniquidad me persigue, nunca desmayo y nunca desespero, porque descanso en la dulce confianza de una Justicia Suprema: cuando el dolor y las tribulaciones me cercan y me oprimen, considero que en tus moradas no hay muerte, ni aflicción, ni llanto, ni desventura. Todos tus goces y todas tus alegrías son purísimas, y eso es lo que ardientemente anhelan mi corazón y mi espíritu, cautivo siempre en la tierra de los deleites que envilecen, de las envidias que envenenan, de los egoísmos que matan. Todo, en este suelo corrompido y miserable, son ilusiones mentidas, deidades falsas y seductoras como las divinidades paganas; y yo, amorosamente ganado para la verdad y el bien, sólo aspiro á poseer el Dios Tres veces Santo, Sabio, Eterno é Infinito, Substancia de la bondad, de la belleza, de la Justicia y la Misericordia.

Señor Excmo.: Yo no osaré hacer del cielo uno de esos alcázares que ha sabido levantar la mano de los hombres. El cielo de los bienaventurados, escribía San Agustín (1), es una felicidad que puede desearse, que puede ansiarse, que puede con-

---

(1) Qualis autem sit hæc gloria futura et quibus divitiis floreat, quantoque splendore præfulgeat, laudare possumus, explicare non possumus. Quare? Quia legimus: Nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus diligentibus se. (Serm. *De verb. Apost.*)

seguirse, pero que jamás podremos concebir ni explicar dignamente. Nosotros podremos decir, sin embargo, que el cielo es el lugar donde Dios oculta sus secretos para ofrecerlos y prodigarlos á las almas escogidas; la Unidad de su Esencia, la Trinidad de Personas, las dulzuras de la Visión Beatífica (1); una semejanza con Dios, más completa y más íntima que la semejanza de la creación primera, la participación de lo infinito con Dios. la identificación perfecta con Jesucristo en los arrobamientos inefables de la unión divina.

Mas á fin de concebir por algunos instantes una pálida é insuficiente idea de las mansiones donde ha entrado María para recibir la corona inmarcesible de su gloria y de sus méritos, algo que se asemeje en algún modo á las formas materiales de la belleza humana, nosotros recordaremos la graciosa, aunque metafórica descripción que hizo San Juan en el Libro de las *Revelaciones* (2): «Yo vi la Ciudad Santa, aderezada como una Esposa que se adorna para el Esposo. Su muro era de jaspe; sus doce puertas eran doce margaritas; y la Ciudad es oro puro, como vidrio transparente. Y no vi Templo en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso era su Templo. Y la Ciudad no ha menester ni sol ni luna que la alum-

---

(1) *Coelum, quit celat secreta Dei, à celando dicitur.* (Bernardin. Sen.: *De don. Spir. Sanct.*)

(2) *Apoc.*, XXI.

bren, porque la claridad de Dios la alumbró, y la lámpara de ella es el Cordero. Y sus puertas no serán cerradas de día, porque no habrá allí noche. Y las gentes andarán en su lumbré: y á ella llevarán su honra y su gloria los reyes y las naciones.»

María debió ser colocada á las orillas de aquel río de agua de vida, que salía del trono del Excelso (1) Su vestido era la luz, su rostro esa hermosura casta, tan propia de la Madre de un Dios y de la Reina de las Vírgenes: su sonrisa, ese amor maternal, que brinda y otorga todo bien. Los collados eternos inclináronse estremecidos de júbilo, y los coros celestes principiaron sus más sublimes cánticos. Los Patriarcas se acercan para conocer á la Criatura bendita que fué la esperanza y el contento de sus familias y sus tiendas: los Profetas saludan á la Virgen dichosa que anunciaron con sus inspiraciones: y aquellas mujeres privilegiadas de la Antigua Ley, Sara, Rebeca, Raquel, Ruth, Judith y Esther, han podido apreciar cuán alto fué su honor al figurar aquel ser tan puro y perfectísimo. Ya hay en el cielo un Apóstol de la Buena Nueva que presente á María una corona de laurel, en nombre de los Discípulos más amados de Jesús; ya hay Mártires de la doctrina evangélica que le ofrezcan palmas ganadas en victoriosos combates, donde sólo pudo vencer el amor más heroico; ya hay Confesores de la fe cristiana que

---

(1) *Apoc.*, XXII.